

CRUCES DE SEDA



Manuel V. Segarra Berenguer

Título: Cruces de seda.
Autor: © Manuel Segarra Berenguer

I.S.B.N.: 84-8454-461-3
Depósito legal: A- 1059-2005

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 61 33
C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)
www.ecu.fm

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 965 67 19 87
C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)
www.gamma.fm
gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright

AGRADECIMIENTOS



Una vez más, y no me cansaré nunca, he de agradecer a toda mi familia el apoyo sin reservas que me han mostrado todos desde que comencé a escribir y el ánimo para que continuase haciéndolo.

También quiero dar las gracias a mis compañeros de la Tertulia Literaria, en especial a Esteban que me cedió graciosamente, como corresponde a los milites del Rey, uno de sus versos para el encabezamiento de un capítulo de este libro y a Jesús Núñez y a Gregorio Sánchez, escritores en ciernes. También a Antonio Zapata por su poema.

A Susana de la Torre, por la documentación que me ha aportado, por sus críticas y por la lectura previa de este libro.

A Paco Escudero, compañero de trabajo, periodista, escritor y crítico de mis novelas.

A los asistentes, mayoritariamente féminas aunque también hay varones, de los talleres literarios de Aspe y en especial a la edila María José Cerdán.

A María Dolores Cremades, por su lectura crítica y por los datos que me ha aportado.

A Mila Navarro, un auténtico encanto de mujer, que fue quien me animó, hace ya algunos años, a dirigirme a la editorial que hoy publica mis libros.

A José Antonio López, editor, que apostó sin reservas por mí y que, con el tiempo se ha convertido en un auténtico amigo.

A los “soldados” de la actual “compañía” del Tercio Viejo de Levante, gruñones, mujeriegos, bebedores y, en definitiva, auténticos milites del Rey.

Y a todas aquellas personas que, sin saberlo, me prestaron sus caras, gestos y actitudes con los que he conformado a los personajes de esta novela.

*Una vez más,
a mi madre,
Fina,
y a mi padre,
Matías,
por todo lo que
me han dado siempre.*

A TÍTULO DE PRESENTACIÓN



Cruces de seda, aún siendo de lectura independiente, es una continuación de Acero del Rey. Los personajes de este libro son los mismos en el mismo contexto histórico; aquella etapa que en su momento nombré como Los Siglos Españoles.

Como aquella primera, Cruces de seda es, simple y llanamente, una novela de aventuras. De aventuras cotidianas, sin grandes gestas y sin demasiadas alharacas. Es novela de taberna y mancebía, de lances y desafíos, de grandes de España y de pobres de solemnidad. Es novela de soldados y de inquisidores, de gente normal, buena o mala según las circunstancias, en esa época tan universalmente española como fueron Los Siglos de Oro, Los Siglos Españoles.

Me he permitido en este libro una serie de licencias que ya se irán viendo a lo largo de su lectura. Me consta, por poner sólo un ejemplo, que las expresiones en italiano no están correctamente escritas, pero he preferido darlas tal y como las pronunciaría un español en lugar de usar la grafía correcta. Así Giovanni se convierte en Yovani; bisogno, en bisoño y chiesa en quiesa. También hay en estas páginas algún que otro guiño a la literatura de la época y alguna referencia a acontecimientos históricos que sirven para enmarcar el grueso de la novela.

Cruces de seda no pretende ser en modo alguno una lección de Historia. No lo es. Como he dicho antes, sólo es una novela de aventuras. Lo mismo que en mis títulos anteriores, mi única pretensión es entretener. Entretener a base de la narración de acontecimientos más o menos cotidianos. Entretener con las pequeñas aventuras diarias de los soldados de

Su Católica Majestad don Felipe de España y las Indias, yendo de taberna en taberna y de lance en lance.

Acero del Rey llevaba por subtítulo “España, mi natura”. Los diferentes reinos de España son el lugar del que saldrán los soldados de los tercios. Saldrán casi invariablemente camino de Italia, hacia las posesiones de la Monarquía Hispánica, hacia Sicilia, Nápoles, Cerdeña o Lombardía, antes de emprender la subida hacia las carnicerías de Flandes.

Decía un refrán de soldados:

*España, mi natura,
Italia, mi ventura
y Flandes, mi sepultura.*

Y es que, estén donde estén, Italia se les antoja llena de placeres, aunque a veces esos placeres lleven acero de por medio, y será una referencia constante entre los veteranos de los tercios. Por eso este libro lleva por subtítulo la segunda de las frases de aquel viejo dicho. Italia, mi ventura.

Cruces de seda sólo quiere ser un reflejo, más o menos cercano, de la vida de los soldados que forjaron la etapa más brillante de la Historia de España; de esos millares de pequeños héroes anónimos, enfermos de gloria y fama, pendencieros hasta lo irracional, agobiantemente ociosos entre guerra y guerra, celosos de su honra hasta el delirio y orgullosos de pertenecer al mejor ejército del mundo.

Pero si después de la lectura alguien se interesa por profundizar en esa época, si Cruces de seda logra despertar curiosidad por esa amalgama de brillos y oscuridades, de genio y mezquindad, por ese largo, larguísimo momento histórico en el que en España no se ponía el Sol; si alguien siente inquietud por querer saber más sobre los Siglos Españoles, me daré por más que satisfecho.

Manuel V. Segarra Berenguer

CRUCES DE SEDA

Italia, mi ventura



DRAMATIS PERSONAE

O

Relación de los personajes que han una mayor o menor importancia en el acontecer de estas páginas.



BOSCO LAPIEDRA.- Capitán de los Tercios Viejos. Un tanto serio y puntilloso, poco amigo de fiestas y saraos y buen espada. Veterano de Italia y de las campañas de Flandes a las órdenes del Gran Duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo y antiguo alcaide de la fortaleza de Lo Cap de l'Aljub.

VICENT PAREJA.- Antiguo capitán de los Tercios Viejos y amigo de Lapiedra con quien compartió lances y peripecias en Italia y Flandes. Antes que Lapiedra estuvo al mando de la fortaleza de Lo Cap de l'Aljub hasta que fue destituido con deshonra a causa de cierta mancebía instalada en el interior de la propia fortaleza.

PERE BLASCO.- Capitán de las milicias concejiles de Elxe. Discreto, conocedor de su oficio, conciliador en general, pero inflexible cuando hay que serlo.

CARLOS MEDIANA.- Comerciante de Elxe venido a más debido a sus prácticas de usura, al decir de muchos, más propias de un judío que de un cristiano viejo.

SUNSIÓN.- Moza de taberna deslenguada y hasta procaz, de moral un tanto distraída, aunque con no pocos pretendien-

tes. Es fuente de inspiración para algunos y también la principal atracción de la taberna de El Cojo.

SARGENTO GARCÍA.- Suboficial de las Milicias Concejiles de Elxe. Taimado, vengativo y amigo de aprovecharse de su cargo para obtener lo que le apetece, lo que le hace ser más bien poco querido entre los vecinos e incluso entre sus compañeros.

FRAY JUAN DE ALGAR.- Fraile dominico de Orihuela, miembro del Tribunal del Santo Oficio.

MIGUEL PRIETO.- Tabernero. Dueño de El Azafate de Oro. Cristiano viejo, viudo, honrado y con una hija algo más alta de lo normal, pero con todo muy en su sitio.

VICENTA.- Hija de Miguel Prieto. Hace las veces de tabernera cuando su padre lo requiere; pero de tabernera como Dios manda, que no es cuestión eso de irse por ahí con el primero que llega.

JAUME DE LLOBET.- Soldado de las milicias concejiles. Cargado de sueños de grandeza y glorias militares, pero cumplidor como pocos a pesar de ser muy joven.

DEOGRACIAS QUIRÓS.- Dramaturgo y poeta con más ínfulas que posibles. Las opiniones sobre su calidad literaria están divididas. Para él mismo, es digno de figurar junto a Garcilaso y Boscán; para los demás existen serias dudas al respecto.

INQUISIDOR BUENAVENTURA.- Dominico de Murcia, capital del distrito inquisitorial en el que estaba englobada la Gobernación de Orihuela. Superior de fray Juan de Algar y encargado de los interrogatorios cuando son especialmente difíciles.

FERNANDO ESQUERDO.- Oficial de la Gobernación de Orihuela, casado con doña Clara Esquivel de Lara. Enérgico. justo, celoso y poco amigo de los escándalos.

LEONOR VIDAL.- Pañera de la calle Ancha, muy hábil en eso de coser ropillas, jubones y camisas. Soltera a pesar de que se acerca a la treintena y amiga de pláticas y conversas, pero a la luz del día que en esta villa se le da con mucha facilidad a la lengua

MANFRED VON HAUFMANSTALL.- Tudesco, ex lansquenete de un regimiento alemán al servicio del Rey de España, matón a sueldo, inicialmente al servicio de Carlos Mediana.

CABO GUIRAU.- Cabo artillero de Lo Cap de l'Aljub alistado en una bandera de Infantería hartado de la tranquilidad de la vida cuartelera.

ÁLVARO DE BAZÁN.- Marqués de Santa Cruz, Grande de España y Capitán General de las Galeras del Rey. Uno de los vencedores de Lepanto, tenido en toda Europa por el mejor marino de su tiempo. De él dijo Cervantes que era el padre de los soldados.

***Entiéndame si quiere su merced porque yo
no he de hablarle si no en la mi lengua española,
que es lengua tan noble que debería hablarse en el
orbe todo.***

***Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano
Germánico
al embajador del Reino de Francia***



***Libro que se llama
Cruces de Seda.
Que tiene lugar en la Villa de Elxe, en la
Gobernación de Orihuela y en el año de
Nuestro Señor Jesucristo de 1.578
siendo Su Católica Majestad don Felipe,
segundo de tal nombre,
Rey de España,
de las Indias Occidentales
y de los demás territorios de la
Monarquía Hispana.***



CAPÍTULO PRIMERO

“...Recé mucho, jugué bien, perdí bastante”

E. Marquina

Cada vez más cerca se oía el parchear ronco de las cajas destempladas. Algunos vecinos se asomaban a las ventanas mientras que otros se quedaban a los lados de la calle esperando el paso de la comitiva que anunciaban los tambores. No muchos porque casi nadie, fuera de los penitentes, andaba por ahí la noche de Viernes Santo.

Lapiedra salió de la taberna del Cojo y aspiró profundamente para aliviarse de la mezcla de olores a vino rancio, a sebo y a humanidad que reinaba en la taberna y que se le había pegado a las narices. Pero se arrepintió de inmediato. Un tufo a orines viejos y nuevos, procedente de algún rincón cercano, llegó con tal intensidad que tentado estuvo de entrar de nuevo en la taberna. Y cuando llegase la medianoche sería aún peor porque los vecinos arrojarían a la calle el contenido de los bacinés. Aunque tal vez, por aquello de estar Nuestro Señor yacente, se abstendrían esa noche.

Pareja salió al poco y, con gesto de extrañeza, preguntó:

–¿Qué haces aquí afuera? –escuchó el sonido de los tambores y preguntó de nuevo -. ¿Y esas cajas?

–El Santo Entierro –respondió Lapiedra-. Nuestro Señor Jesucristo acaba de morir.

–Es cierto –admitió Pareja-. Es Viernes Santo. Mira. Por ahí asoman.

Por el arco de la Torre del Concejo, el que comunica la calle de los Corredores con la plazuela del mercado, salía ya la comitiva. Delante iba el capitán Blasco con un gran lienzo ne-

gro a modo de bandera de luto; detrás, las cajas anunciando ronca y lastimeramente la muerte de El Salvador, luego, varias docenas de penitentes que portaban cirios, que llevaban los pies descalzos, que tenían los ojos arrasados en lágrimas. Todos vestían burdas sayas de saco. Algunos se azotaban la espalda con cuerdas y dos o tres portaban al hombro pesados maderos tratando de imitar a Cristo camino del Gólgota.

Pareja dio media vuelta y, sin llegar a entrar en la taberna, gritó desde la puerta:

-Se acabó la fiesta por el momento. Todo el mundo a la calle que pasa el Santo Entierro.

Dentro hubo algunas protestas, pero Pareja insistió:

-Dejen ya de gruñir sus mercedes y salgan todos a rendir homenaje al Cristo Yacente –sonrió con malicia y añadió –¿O es que alguna de sus mercedes es moro o judío?

Moros o judíos, no, pero algún converso sí había. Y no era cuestión de dar que hablar, que bastante mal mirados estaban ya. Así que, de mejor o peor gana, los parroquianos comenzaron a desfilar en dirección a la calle.

La procesión, lenta, se acercaba. Detrás de los penitentes venía el estandarte de la ciudad portado por Albarranch, el alférez de las milicias concejiles, seguido de una docena de arcabuceros; luego iban algunos freres del convento de la Merced y les seguían algunos de los viejos estandartes de los gremios.

Sunsión, la más garrida de las mozas de la taberna, comenzó a santiguarse y pronto fue imitada por el resto de las muchachas y por la mayoría de la parroquia. Hasta El Cojo, blasfemo como un hereje, se hacía la señal de la cruz y se daba golpes en el pecho.

Detrás de los freres, ocho mozos portaban a hombros la imagen del Cristo Yacente. Casi al unísono, Lapiedra y Pareja, milites viejos y con muchas guerras en el cuerpo, se descubrieron y se clavaron de hinojos. También casi al mismo tiempo, desenvainaron y ofrecieron sus espadas a la imagen de Nuestro Señor.

-Perdona a este pecador las malandanzas que ha hecho – murmuró Pareja con la cabeza rendida– y, sobre todo, perdona las que me quedan por hacer.

Lapiedra sonrió sin querer. Había oído a su amigo y ciertamente tenía razón. Con toda seguridad, aún quedaban muchas malandanzas por hacer. Los herejes de Holanda andaban cada vez más levantiscos, sobre todo desde el saco de Amberes y se habían envalentonado mucho desde la muerte del real bastardo, don Juan de Austria. Así que era más que probable que, muy pronto, tanto Pareja como él mismo, estuviesen en los campos de Flandes despenando a los enemigos de Cristo y de la España. Habría más malandanzas sin duda. Cierto que sería en defensa de la fe verdadera y para mayor gloria de Dios. Pero así y todo...

El sargento García y otros seis piqueros de las milicias concejiles iban detrás de la imagen seguidos por tres cajas y seis pitos que en esos momentos guardaban silencio. García dirigió una mirada hosca a Pareja que ya se había alzado y andaba calándose el chambergo emplumado. El único ojo de Pareja brilló maliciosamente a la vez que su derecha acariciaba la empuñadura de la espada.

Un grupo de dominicos, venidos seguramente de Orihuela, iba detrás de las cajas entonando un miserere. Tras ellos, más flagelantes con las espaldas en carne viva y con los pies descalzos desollados, flanqueados por dos sacristanes con incensarios. Pareja negó con la cabeza y fijó la vista en la imagen que llegaba a continuación. Era una Dolorosa con los brazos abiertos y el corazón atravesado por siete puñales. A la luz de las antorchas que portaban los penitentes se diría que la Virgen lloraba de verdad y Pareja se dijo que seguramente debía estar llorando de ver tanta espalda y tanto pie sanguinolento.

-Que uno no es mejor cristiano por llenarse de llagas en Viernes Santo –dijo por lo bajo.

-¿Qué dices? –preguntó Lapiedra.

-Nada. Vamos dentro que ya ha pasado el Cristo.

Acababa la procesión. La cerraban el baile mayor del Concejo, el alcalde de Justicia, el prior de la Merced y un dominico. Detrás de ellos la calle se tornó de nuevo oscura.

La mayoría de la parroquia se había metido ya en la taberna. Sunción fue hacia Lapiedra y Pareja.

-¿No entran vuestas mercedes? –preguntó la moza.

-Vamos a entrar, Lapiedra –dijo Pareja-. Me he dejado dentro la capa y está refrescando.

Por alguna razón, quizá por aquello del Viernes Santo, el ambiente ya no era el mismo. Cierto que seguía oliendo a humanidad y a vino rancio y cierto también que las mozas eran las mismas. Pero hasta aquellas parecían más mustias que antes de salir a ver la procesión. A más de una le parecía que no estaba bien andar con juegos, y menos aún con juegos de trasera tabernaria, de fornicio para entendernos, cuando Nuestro Señor estaba de cuerpo presente.

-Bien nos la hizo vuseñoría mandándonos salir a ver a los santos, señor Pareja –dijo uno de los clientes que andaba en carantoñas con una de las mozas-. Ahora a las putas les han entrado reparos.

-Pues haz penitencia tú también, que seguro que te hace buena falta –replicó Pareja antes de dar un trago de vino. Se volvió hacia Lapiedra y añadió-. Lo cierto es que hasta esto aburre a veces.

-Espero que pronto dejemos de aburrirnos –dijo Lapiedra-. Pronto habrá una leva y podré levantar una compañía.

-Muy seguro estás de eso –repuso Pareja-. ¿Cuánto tiempo hace que me repites lo mismo? ¿Tres años?

-Casi –replicó Lapiedra sin hacer caso de la ironía de su amigo-. Pero ahora va en serio. Los herejes de Holanda están alzados.

-Los herejes de Holanda están alzados desde los tiempos del César Carlos.

-Te digo que ahora va en serio –insistió Lapiedra-. Lo del saco de Amberes les ha escocido mucho.

-El saco de Amberes fue hace dos años.

-Que va en serio, Pareja. El capitán Blasco tiene un familiar, un primo o algo así, que estaba en el Tercio de Lombardía.

-¿Y qué?

-Pues que hace pocos días Blasco recibió una carta de ese familiar. Por lo visto se preparaban para enfilarse el Camino Español hacia Flandes.

Para sus adentros, Pareja admitió que, visto así, el asunto tenía visos de ser serio. Si las cosas en los Países Bajos Españoles se ponían feas, y se estaban poniendo muy feas, el Ejército de Flandes se reforzaba con banderas de los tercios de Sicilia, Nápoles y Lombardía. Y para que esos tercios no quedasen en cuadro se ordenaban levas en España para cubrir los huecos.

-Nos marchamos a Italia, Pareja –dijo Lapiedra dando una palmada en el hombro de su amigo.

-Tú puedes estar contento –dijo el otro sin querer dejarse contagiar por el entusiasmo de Lapiedra-. Al fin y al cabo el virrey Gonzaga te dio privilegios para que levantases una bandera cuando fuese menester. Aunque aún no tengas tu compañía, eres capitán. Yo ya estoy muy viejo. No sé si te acompañaré.

-No me vengas con monsergas, que te conozco –dijo Lapiedra-. Si hay algo que te gusta más que el vino es hacerte de rogar. Te encanta que te pida las cosas cincuenta veces.

-Te equivocas, mi precioso capitán Lapiedra –replicó Pareja sonriendo mientras pensaba que su amigo llevaba razón-. Lo que ocurre es que yo no quiero hacer según qué cosas y tú le das la vuelta y me enredas para que al final haga lo que yo no quiero hacer. Y también te equivocas en otra cosa. Las mujeres me gustan más que el vino.

-Y volver a coserte en el jubón la Cruz de San Andrés también te gustaría. Vamos, Pareja, admítelo. Estás deseando volver a la milicia.

-Estoy viejo –se empecinó Pareja negándose a admitir lo evidente.

-No mucho más que yo. ¿Cuántos años tienes?

-No lo sé de cierto –respondió Pareja alzándose de hombros-. Unos cuarenta, supongo.

-Buena edad para ser soldado.

-Buena edad para ser capitán –replicó Pareja-. No, ni siquiera eso. A estas alturas tendría que ser maestro de campo.

-Ponte como te dé la gana, pero cuando ordenen la leva levantaré una bandera y tú vendrás conmigo, Pareja. Serás mi sargento.

-Nada de eso. Prefiero ser soldado.

-Pero si acabas de decir que estás viejo.

-Ser sargento es peor y lo sabes, Lapiedra.

-Un sargento cobra más que un simple arcabucero.

-Eso, cuando se cobra, que es casi nunca. Lapiedra, que yo también estuve en San Quintín y en Gravelinas. En una bandera, el sargento siempre se tiene que encargar de todo y más si el capitán es tan señorito como tú.

-Yo no soy un señorito –protestó Lapiedra.

Pareja iba a replicar cuando se abrió la puerta de la taberna. El sargento García, ataviado con sus mejores galas, entró después de lanzar una mirada que quería ser de desprecio. Dio unos pasos, pero se detuvo ante la mesa que ocupaban Pareja y Lapiedra. El primero se recostó esbozando una amplia sonrisa. Lapiedra, conocedor de la malquerencia que se tenían los dos hombres desde antiguo, advirtió:

-Pareja, tengamos la fiesta en paz. Es Viernes Santo y tenemos a Nuestro Señor de cuerpo presente.

-Mejor sería que tuviésemos de cuerpo presente a nuestro García.

-No tengo intención de pelear, señor Pareja –dijo el sargento García.

-Su merced nunca tiene intención de pelear –replicó Pareja sin perder la sonrisa-. ¿Ya terminó el Santo Entierro? Ahora podemos preparar otro menos santo.

-Señor Pareja –dijo García con una firmeza más aparente que real-, es mejor hacer caso del capitán Lapiedra y tener la fiesta en paz. Sólo he venido a tomar un vaso de vino.

Pareja, que en realidad tampoco tenía demasiadas ganas de pendencia, se desentendió del asunto. Tiempo habría, se dijo, para ajustar cuentas con el sargento García.

Aquel, después de repasar con la vista todo el local, se dio cuenta de que la única mesa libre, en realidad un tonel colocado boca abajo, estaba al lado de la que ocupaban Lapiedra y Pareja. Le hubiese gustado una algo más alejada, pero como

tampoco quería dar muestras de debilidad ante aquellos dos hombres, ni ante el resto de la clientela, ocupó la mesa en cuestión y pidió vino a una de las mozas. Pareja miró de soslayo al sargento de las milicias concejiles y bufó en un gesto a caballo entre el desprecio y el hastío.

Entraron entonces dos penitentes. A pesar de que venían con la espalda cubierta, la sangre de sus heridas traspasaba el sayal de saco. A voces pidieron vino y algo de comer que, según decían, llevaban todo el día de ayunos, abstinencias y mortificaciones para mayor gloria de Nuestro Señor Jesucristo. Pareja bufó de nuevo y gruñó:

-Valiente penitencia.

No lo dijo para que lo oyesen, pero uno de los penitentes, cerca de do se hallaba el antiguo soldado, se percató del gruñido.

-¿No le parece a ucé una penitencia digna? –preguntó el hombre.

-Pues ya que me lo pregunta vuesa merced le diré que no –respondió Pareja-. A lo que se me figura, sus mercedes hacen penitencia y se flagelan y se dan golpes en el pecho sólo en Viernes Santo. Y no todo el Viernes Santo, que ya andan pidiendo comida y bebida y aún no es medianoche.

-Sepa ucé, señor –dijo el otro-, que nosotros estimamos que es deber de todo buen cristiano hacer penitencia al menos una vez al año. Y ningún día es mejor que este para ello. Estas llagas que llevamos a la espalda las llevamos con orgullo para mayor gloria de Dios y de la Santísima Virgen.

-Valiente majadería –dijo Pareja-. Cualquier fraile con medio seso diría que eso es pecado de vanidad.

-¿Vanidad? ¿Es vanidad querer compartir, siquiera mínimamente el dolor y el martirio de Nuestro Señor?

Algunos habían comenzado a prestar atención a la conversa. Pareja, contento de tener auditorio, adelantó el cuerpo sobre la mesa y respondió:

-Aunque cristiano viejo, yo no sé mucho de liturgias, pero a lo que se me figura, Nuestro Señor Jesucristo no debe andar muy contento con eso de que los cristianos vayan desollándose las espaldas. Y mucho menos la Santísima Virgen.

-Pareja –advirtió Lapidra-, eso se parece bastante a la blasfemia.

-¿Blasfemia? ¿Por qué? Blasfemia es tomar el nombre de Dios en vano y yo no lo he hecho. Sólo digo que a ninguna madre le gusta ver a sus hijos con los pies desollados y con las espaldas llenas de verdugones. A ninguna. Ya lo sufren bastante mal cuando son otros los que les torturan a los hijos, pero tienen que sufrirlo bastante peor cuando es el propio hijo el que se quebranta a sí mismo. A ver, señor penitente, ¿cree su merced que a la madre de ucé le agradecería verle llegar con un ojo colgando o con el cuerpo cubierto de llagas?

-Claro que no, señor mío –respondió el otro-, pero esto es diferente.

-No es diferente –siguió Pareja-. Todos sabemos que la Santísima Virgen es la madre de Dios y, como dicen los freres del convento, nuestra madre del Cielo. Y si a ninguna madre le gusta ver sufrir a sus hijos, ¿por qué ha de gustarle a la Virgen que sus hijos se empeñen en desollarse? Me parece, señor penitente, que flaco favor hacen sus mercedes a la Santísima Virgen.

-No es malo el razonamiento –dijo Lapidra-. No te hacía tan leído en los asuntos de la Iglesia.

-Cosas que guardo en el magín de cuando lo de María del Rosario.

-Puede que su merced haya algo de razón –admitió el penitente después de unos instantes de desconcierto ante las razones de Pareja-, pero lo cierto es que los religiosos, que son los que más saben destas cosas de Dios, dicen que la penitencia purifica y que es el camino más recto para la salvación.

-Pero hay muchos modos de hacer penitencia –replicó Pareja-. Además, se me hace que la penitencia de la que hablan los freres es penitencia de todos los días y no sólo de Viernes Santo.

-Más vale un día que ninguno –dijo el penitente sombrío-. Y me parece que su merced, que habla tanto, no la hace ningún día del año. Seguro que ni siquiera reza a diario.

-Desde luego no voy por ahí dándome golpes en el pecho ni cacareando lo buen cristiano que soy, que lo soy. Yo mi pe-

nitencia la llevo por dentro y no la voy enseñando. En cuanto a los rezos, ya están los frailes para rezar por todos, que eso mismo dicen ellos.

-Está claro que no nos entenderemos –dijo el penitente-. Su merced no me parece un buen cristiano con esas cosas que piensa.

-Cuidado con según qué palabras –advirtió Pareja alzándose a medias y haciendo recular al otro unos pasos-. Soy Vicent Pareja, soldado veterano de los tercios del Gran Duque de Alba y cristiano viejo. No consiento que...

-Déjalo, Pareja –intervino Lapidra apaciguador.

-Es que este sujeto está empezando a pisarme los callos.

-García está esperando que saltes para llamar a los alguaciles –advirtió Lapidra-. Déjalo estar que la cosa no tiene mayor importancia.

El penitente trató también de mostrarse apaciguador.

-No se enfade su merced, que no pretendía ofenderle. Además, si hubiera sabido que su merced es uno de los soldados que andan por esos campos defendiendo la verdadera fe...

-A buenas horas –gruñó Pareja volviendo a sentarse-. Váyanse vuestas mercedes con sus llagas y déjennos en paz a los demás cristianos que bastante tenemos con lo que tenemos.

El antiguo soldado se había puesto de mal humor aunque ni siquiera él sabía muy bien los motivos. A lo peor era, pensaba Pareja, porque toda aquella parla le recordaba las tardes que había pasado platicando con María del Rosario, aquella moza de Aspe con la que anduvo en razones... hasta que se acabaron las razones.

Apuró de un trago el vaso de vino y se terció la capa de paño escarlata que colgaba del respaldo de su asiento.

-¿Te vas? –preguntó Lapidra.

-Sólo un rato –respondió Pareja-. Voy a que me dé el aire.

-Pues anda con ojo que es cerca de media noche. Y como les dé a los vecinos por empezar a vaciar bacines te van a hacer nueva la capa.

Salió Pareja a la calle después de asegurar que tendría cuidado y de dirigir una mirada de burla al sargento García.

Hacía fresco y aunque la capa era de buen paño tenía ya muchos años de servicio y estaba muy gastada. Le hubiese gustado cambiarla por otra, por supuesto también encarnada, pero apenas tenía con qué sobrevivir, así que ni pensar en mercar una capa nueva.

Mientras caminaba despacio por la calle de Corredores iba pensando que no estaría mal que hubiese pronto una nueva leva. Lapidra podría hacer valer sus privilegios para levantar una bandera y él se alistaría de inmediato. Con la prima de enganche se podía ir tirando. Luego, como es seguro que no se cubriría el cupo con los alistados de la villa, irían a otro lugar y él haría de gancho. Volvería a alistarse y volvería a cobrar la prima de enganche. Y así varias veces. Tendría que contar para eso con Lapidra, claro está; pero dado que su amigo andaba tan escaso de recursos como él, podían repartirse los dineros de las sucesivas primas.

-No creo que ese mendrugo ponga demasiadas pegas – pensó en voz alta-, aunque a veces le dan unos ataques de honradez de lo más tonto.

Iba por la subida de San Jerónimo camino de la plazuela de San José cuando escuchó voces apagadas a su espalda y pensó que las cosas habían estado demasiado tranquilas. Al menos dos personas iban tras él. Podían ser dos penitentes que regresaban a sus casas después de la procesión o dos frailes rezando el rosario o dos malandrines en busca de dinero ajeno.

-Sea lo que sea vamos a verlo ahora mismo –se dijo mientras entraba en la plazuela de San José.

En contraste con las calles cercanas, el lugar estaba algo iluminado. La ermita del centro de la plaza tenía dos hachones encendidos a la entrada que proporcionaban algo de claridad. Pareja procuró situarse a un lado, allí donde la luz era más equívoca, para ver quiénes eran los que le seguían.

Eran tres hombres y no tenían pinta de religiosos. Los reconoció de inmediato. Uno de ellos, el más bajo, era don Carlos Mediana, un acomodado burgués para el que había estado trabajando hasta unos días antes como guardaespaldas. Mediana tenía enemigos porque era tan usurero y tan ladino como un judío. Le gustaba pleitear con sus deudores y en más de una

ocasión había despojado de todos sus bienes a un buen cristiano que no tenía con qué pagar tal o cual deuda. Cuando conoció a Pareja ya tenía cuidadores; aquellos dos gañanes de horca y cuchillo que ahora le acompañaban, pero el hombre pensaba que imponía más y que estaría mejor guardado por un veterano de los tercios. Así que contrató a Pareja que, como de costumbre, andaba sin un cobre. Al antiguo soldado no le hacía gracia ninguna servir a semejante sujeto, pero hizo de tripas corazón y se puso a su servicio.

Y todo fue más o menos bien hasta que vino el diablo a enredarlo todo. Y vino en la forma de la mujer de don Carlos Mediana, una señora algo entrada en años pero de muy buen ver y de muy mejor catar. El antiguo soldado se dijo muchas veces aquello de que “donde tengas la olla...” En realidad quien se lo dijo fue su amigo Lapiedra, pero sirvió de poco. Y es que Pareja andaba muy escocido porque a María del Rosario, aquella moza de Aspe, se le habían terminado los quereres por él.

La mujer de don Carlos le preguntó las razones por las que andaba tan mustio y si podía hacer algo por aliviarlas. Y estuvo aliviando a Pareja hasta que el marido entró en sospechas. El antiguo soldado decidió que lo mejor era dejar de ser el bravo de don Carlos Mediana y se despidió. No le costó gran cosa porque no le tenía querencia al trabajo y porque la dama llevaba unos días poniéndose más agobiosa que de costumbre.

Y ahora Carlos Mediana, ya no merecía el “don”, estaba allí con sus matones. Sin duda iban tras él.

—¿Do se ha metido ese tuerto del diablo? —oyó decir a Mediana.

—¿Por ventura me buscan vuestas mercedes? —dijo Pareja saliendo a la claridad.

—Ahí está —dijo Carlos Mediana por lo bajo—. Venga, a por él.

—Non hayan tanta prisa vuestas mercedes, don Mediana —dijo el antiguo soldado—. No tengo reparos en batirme, pero vea su merced que non hay razones para ello.

—¿Te parecen pocas razones mis cuernos, hideputa?

—Ora que lo dice su merced, ya le noto un poco más alto y afilado en las puntas —respondió Pareja con un punto de burla—.

, pero ni siquiera eso son razones para batirse, y menos en Viernes Santo. Espere al menos su merced a que toquen a Gloria.

-Y todavía se ríe de mí el muy cabrón –dijo Mediana apretando los puños-. ¿Qué esperáis? A por él.

Los dos matones asintieron con gestos y, armados como estaban con sendos garrotes y cuchillos, se separaron para coger a Pareja por los costados. Aquel desenvainó la espada con parsimonia, como si aquello no fuese más que una representación y dijo:

-Está visto que esta noche va a haber sangre.

-La tuya, tuerto hideputa –barbotó Mediana.

-Aguarde su merced –insistió Pareja- porque aunque me gane en este lance, su merced sale perjudicado. Ahora somos muy pocos los que sabemos de las astas que lleva su merced en la frente, pero si tenemos pendencia vendrán los justicias y habrá que explicarles el por qué del duelo y a la postre sabrá toda la villa que don Carlos Mediana, que mete miedo a tanta gente, no es más que un cornudo.

-Eso lo sabe ya todo Elxe, hideputa. ¿Cómo crees que me he enterado? Pero cuando mañana te encuentren muerto todos sabrán también que nadie puede reírse de mí. ¡A él!

Los dos gañanes se lanzaron a la vez contra Pareja por lo que el antiguo soldado decidió dejarse de pláticas. Con la espada por delante, arremetió al de su derecha a la vez que desenvainaba la misericordia. Dio una estocada en el muslo al primero de los bravos y se revolió contra el otro que ya se le venía encima blandiendo su garrote. Recibió un golpe en el brazo derecho, que casi logra desarmarlo, pero pudo lanzar un tajo que rajó el rostro del matón desde la oreja hasta la nariz.

Los heridos recularon entre gemidos, uno renqueando y el otro llevándose las manos al rostro. Poco le hubiese costado a Pareja rematar la faena y dejar dos difuntos en mitad de la plazuela; o tres, porque Mediana, aunque llevaba en la mano un estoque, estaba tan asustado que se había quedado de madera. Pero Pareja se dijo que ya estaba bien y que no valía la pena buscarse pleitos con los alguaciles. Lo mejor era dejar a Carlos Mediana con el miedo en el cuerpo y a los matones con

los costurones que ya se llevaban. Envainó la espada y se acercó a su antiguo patrón que, sin poder articular palabra y con los ojos espantados, reculaba hasta quedar con la espalda pegada al muro de la ermita.

-No se asuste tanto su merced, que hoy no voy a matarlo – dijo Pareja mirando fijamente al otro con su único ojo-. Aunque a lo mejor, si se me tuercen las ganas, lo mato mañana o el Domingo de Resurrección que, bien mirado, no deja de ser un buen día para morir.

-No me mates, Pareja. Toma. Mi espada.

-Para empezar, desde hoy me llama su merced “señor Pareja”. Guárdese ese alfiler que aún se hará una herida y será capaz de acusarme a mí. Y no tiemble tanto que ya le he dicho que hoy no lo mato y no por falta de ganas. Déjese ya de flojeiras y lloriqueos que se me hace que a su merced le viene grande el apellido. Su merced no es mediana; ni siquiera llega a una cuarta parte.

Vigiló Pareja de reojo que a los dos matones, que por el momento parecían calmados y satisfechos con sus heridas, no les volviesen las malas intenciones. Vio que se habían juntado y que el del tajo en la cara trataba de taponar la estocada en el muslo del otro; así que, con la retaguardia despejada, apoyó la misericordia en el pecho de Mediana y dijo.

-Esto, señor, es lo que se va a encontrar su merced entre las costillas si trata de hacerme alguna otra traición. Yo soy home paciente, pero todo tiene un límite y su merced ya me ha tocado las miserias. A la próxima no tendré tanto aguante ni tanta caridad cristiana y no me importará mandar a un Mediana a hacerle compañía a Pedro Botero.

Asentía el otro con la cabeza a punto de desmayarse. Pareja decidió que ya estaba bien y, con una malévola sonrisa, puso ante los ojos de Mediana la afilada hoja de la misericordia antes de envainarla.

Carlos Mediana recuperó el resuello sólo cuando el antiguo soldado, después de una despedida consistente en dos sonoras bofetadas falsamente amistosas, se hubo alejado diez o doce varas.

-Esto no acaba aquí, tuerto hideputa –dijo entre dientes-. Nadie se ríe de don Carlos Mediana.

García salió de las sombras y se acercó a Mediana. El hombre tuvo un sobresalto al escuchar pasos tras él, pero se tranquilizó al ver que era el sargento.

-A buena hora llega su merced, señor sargento García –dijo Carlos Mediana-. Han estado a punto de matarme.

-Cálmese vuesa merced, señor don Carlos Mediana, que lo he visto todo desde ahí detrás.

-¿Y cómo es que no ha intervenido?

-Si lo hubiese hecho tendría que haber sido a favor de ese Pareja. Al fin y al cabo uno de mis deberes es evitar reyertas y pependencias y sus mercedes son tres y él sólo uno. A decir verdad, tendría que llamar a los justicias para que les prendan. Pero créame, don Carlos, que por nada del mundo iba yo a salir en defensa de ese tuerto, que también le tengo ganas.

-Pareja me ha ofendido gravemente, señor sargento García, y debe ser castigado.

-Cálmese su merced, don Carlos –dijo el sargento-. Hasta el momento no es delito poner los cuernos a nadie. Pero creo que, si su señoría quiere venganza...

-García –interrumpió Mediana súbitamente amistoso-, yo sería muy generoso si ucé quitara de en medio a ese bellaco. Muy generoso.

-Ni por el quinto real me enfrento yo a Pareja, señor Mediana –dijo el sargento negando con la cabeza-. Ya ha visto su merced que no es manco y que no ha tenido dificultad en despachar a sus dos bravos. Además, enfrentarse a Pareja es enfrentarse también a ese capitán Lapiedra que, por lo que tengo oído, aún es más diestro con la espada en la mano.

-No le hacía yo tan acobardado, señor sargento.

-No me venga ucé con valentías, don Carlos, que ya he visto lo bien que se ha portado su merced hace un momento.

-Ese Pareja es un diablo –dijo Mediana a modo de excusa.

-Pues si es un diablo habrá que pedir ayuda a Dios Nuestro Señor –repuso García después de haber pensado unos ins-

tantes-. O a la Iglesia, que está más cerca y puede que nos sirva mejor.

-Explíquese mejor su merced, señor sargento.

-Harán falta buenos dineros.

-Los que se precisen. ¿Quién lo mata?

-El Santo Oficio.

-¿El Santo Oficio? –se extrañó Mediana.

-Ya lo ha oído su merced.

-Pero Pareja es cristiano viejo.

-Es posible, pero yo y otros muchos le oímos blasfemar hace un rato en la taberna del Cojo. Sólo hace falta que alguien lo denuncie. Y precisamente ahora hay en la villa varios dominicos de Orihuela.

Carlos Mediana dudaba. Le parecía demasiado complicado.

-¿Y no será mejor pagar a unos cuantos para que esperen a Pareja en algún lugar y lo cosan a cuchilladas?

-Es más fácil –admitió García-, siempre que se encuentre a esa gente. Lo malo es que alguno puede irse de la lengua y entonces sería su merced quien diese con sus huesos en la torre de la Vela.

-No termino de ver claro eso de denunciarlo al Santo Oficio –dijo Mediana. Y como, a pesar de lo que antes dijera, les tenía mucho apego a sus dineros, añadió-. Y en el caso de que así sea, no veo para qué hace falta pagar a nadie. Ucé mesmo lo puede denunciar, señor sargento García.

-Pues hacen falta –dijo García-, para convencerme de que tengo que denunciarlo y para pagar a otros que también denuncien. Varios testimonios harán más fuerte la acusación.

Mediana se dijo que la cosa comenzaba a tener sentido y, aunque fuese a costarle más caro de lo que en principio había previsto, tampoco estaba tan mal que Pareja acabase en una celda de la Inquisición, y quién sabe si en la hoguera, sin que se relacionase a él mismo con el asunto. En estas cosas andaba cuando García se encargó de bajarlo de la nube.

-También sería conveniente que denunciase su merced.

-¿Yo? ¿Por qué?

-Ucé, señor Mediana, es comerciante, burgués, cristiano viejo, de buena familia y bien casado. No me ponga ucé esa cara que lo de sus cuernos lo sabemos pocos. Una denuncia de su parte sería muy provechosa.

Se dijo Mediana que si no había más remedio... A fin de cuentas se decía que el Santo Oficio no ponía demasiados pesos a la hora de aceptar una denuncia y era posible que ese tuerto hideputa de Pareja no llegase a saber quien le denunciaba. Y aunque lo supiese, lo más probable era que, una vez en las celdas de la Inquisición, por bien parado que saliese lo haría con el cuerpo y el espíritu muy quebrantados.

-Me place la idea, amigo García –dijo al fin-. Lo haremos; pero hemos de ver que nos cueste lo menos posible. Me refiero a los dineros, que mi hacienda, a pesar de lo que digan las malas lenguas, va muy menguada.

-De acuerdo entonces, amigo Mediana –repuso García-. Ahora vaya su merced a su casa y cámbiese los calzones, que lo que estoy oliendo no es precisamente agua de rosas.

-Estaba a punto de salir a buscarte –dijo Lapiedra mientras Pareja ocupaba de nuevo su asiento en la taberna.

-¿A qué santo?

-A santo de que poco después de marcharte tú salió García. Pensé que, a lo peor, podía tramar alguna cosa.

-No lo he visto –dijo Pareja sin darle importancia al asunto-. Ese García es un mierdecilla. Como el escribano Cascales, pero con espada. ¿Te acuerdas de Cascales? Menudo cagón. Pues este es igual. De frente no se atreve si no es con alguien mucho más débil que él.

-En realidad estaba temiendo por él –repuso Lapiedra halagando intencionadamente a su amigo-. Pensé que si os encontrabais le harías alguna de las tuyas y te meterías en un lío con los alguaciles.

-Muy considerado por tu parte, Lapiedra –sonrió Pareja sabiendo que lo cierto era que su amigo se había estado preocupando por él.

No era para menos porque él mismo sabía que se las pintaba solo para meterse en enredos. Y si no, ahí estaba el asuntillo del tal Mediana y de los dos matones a los que había tenido que ferir.

-Pero es que si no, a estas horas soy difunto –pensó en voz alta.

-¿Qué dices? –preguntó Lapiedra.

-Nada –respondió Pareja-. He tenido un encuentro con unos amigos.

-Como has vuelto y estás entero no debe haber sido nada serio.

Pareja seguía sin dar importancia al asunto.

-Mediana, mi antiguo patrón, quiso pedirme explicaciones. Se ha enterado de que su mujer no es tan fiel después de todo.

-De eso está enterada la mitad de la villa –dijo Lapiedra-. Ya te dije que tuvieras cuidado. ¿Ha habido sangre?

-Poca –respondió Pareja a la vez que llamaba con un gesto a una de las mozas-. Sus dos matones han acabado feridos y puede que Mediana se haya cagado. Pero no te apures, que no me denunciará. Él tiene más que ocultar que yo.

Llegó Sunsión con una nueva jarra de vino. Desde hacía algún tiempo, Pareja y Lapiedra eran habituales de la taberna, sobre todo Pareja, y siempre, sobre todo Pareja, tenían algún requiebro para ella. Pero en esta ocasión no hubo palabras. Los dos hombres parecían ensimismados en sus cosas.

Pareja, quien sabe los motivos, se había puesto a pensar en la cabalgada que hiciera al frente de una corneta de caballería, un par de años atrás, para dar caza a una partida de berberiscos huidos; una cabalgada que le llevó a Aspe do conoció a María del Rosario, moza respondona y peleadora, con la que al fin, después de una batalla aún más dura que la librada con la morisma, tuvo razones.

Lapiedra pensaba en otra mujer; en doña Clara Esquivel de Lara, esposa de aquel veedor enviado por el virrey Gonzaga a la fortaleza de Lo Cap cuando él era el alcaide¹.

¹ Acero del Rey. Del mismo autor. Ed ECU. 2004.

-¿Sabes algo de María del Rosario? –preguntó Lapidra.

-Nada –respondió Pareja-. ¿Y tú de la dama imposible?

Lapidra negó con la cabeza a la vez que lanzaba un suspiro.

-Menudo par de mendrugos estamos hechos –sentenció Pareja-. Dos soldados veteranos, con el cuero lleno de costurones, maullando como trovadores por lo que no tiene remedio. ¡Ea! ¡Se acabó! ¡Sunsión! Déjate caer por aquí que tengo ganas de catar esas maravillas que guardas bajo la camisa. Y mira a ver si alguna de tus compañeras está dispuesta a hacerle cosquillas al bravo capitán Lapidra.

-Pareja. No estoy de humor. Además, aún es Viernes Santo.

-Ya no –replicó el otro señalando hacia algún punto indeterminado-. ¿No oyes las campanas? Están dando la media noche. Ya es Sábado de Gloria.



CAPÍTULO SEGUNDO

“Envidan la vida y la bolsa por honra”

A.H. Pozo

Lapiedra contó por cuarta o quinta vez los dineros que le quedaban. Demasiado pocos y demasiado pocas las posibilidades de lograr más a corto plazo. Sería necesario hacer economías. Siempre quedaba el recurso de pedir un crédito a alguno de esos prestamistas judíos del arrabal de Sant Joan; pero ¿quién iba a querer prestar algo a un soldado cuya completa hacienda era poco más que lo que llevaba puesto?

-Por mucho que los cuente vuesa merced no van a multiplicarse.

Lapiedra alzó la cabeza. Quien había hablado era Pere Blasco, capitán de las milicias concejiles de Elxe, que entraba en ese momento en la taberna.

-Me consta –replicó Lapiedra invitando al otro a sentarse a su mesa-. Si se multiplicasen, ahora sería el hombre más rico destos reinos. Lo malo es que con esto no llego ni a La Ascensión.

-¿Por qué no me hace caso su merced y sienta plaza en las milicias del Concejo? –preguntó Blasco-. La paga no es de echar truenos, pero llega puntual. Y un soldado como vuesa merced haría buen papel.

-Yo le agradezco a vuseñoría el interés –dijo Lapiedra recogiendo los escasos dineros de encima de la mesa-. Pero eso... No lo tome a malas, señor capitán Blasco, pero yo he sido capitán de los Tercios Viejos a las órdenes del Gran Duque de Alba.

Servir en las milicias de un concejo no me parece que sea ser soldado.

Blasco sonrió y llamó a una de las mozas que se acercó presurosa. A esas horas de la mañana los dos soldados eran los únicos clientes de la taberna.

-¿Ha desayunado su merced, señor Lapiedra? –preguntó Blasco.

-A punto estaba de pedir una jarra de vino caliente –respondió el otro-, porque se me hace que aquí no han de tener café.

-Lo tienen, pero es mejor no pedirlo. Las más de las veces es sólo un poco de agua sucia. A ver, moza, trae una jarra de vino caliente y dos vasos. Que estén limpios.

-Ya puestos, que traiga también un par de mendrugos para hacer sopas. Al menos así meteré algo sólido en la tripa.

Blasco asintió con un gesto y se volvió de nuevo hacia Lapiedra.

-En las milicias de la villa hay comida caliente todos los días –insistió el capitán-. Y no es nada indecoroso ser milite de un concejo.

-Señor capitán Blasco, yo le agradezco a vuesa merced el interés, pero no puede ser. Si hubiese querido ese tipo de vida habría continuado como alcaide del castillo de Lo Cap de l'Aljub. Su merced no puede entenderlo. Cuando se ha sido capitán en los Tercios Viejos...

-¿Y quién dice que no puedo entenderlo, señor capitán Lapiedra? Ucé lleva costurones de San Quintín, Gravelinas y Mons, pero yo los llevo de Gemmingen, en el 68. También yo estuve a las órdenes de don Fernando Álvarez de Toledo –dijo Blasco a la vez que Lapiedra abría ojos como platos-. Aunque ahora sea capitán de milites de concejo y haya criado algo de tripa, en tiempos fui capitán de arcabuces en el Tercio de Lombardía.

-¿Su merced estuvo en Flandes? ¿En Gemmingen? Nosotros también estuvimos allí –exclamó Lapiedra arrepintiéndose al instante de sus palabras anteriores.

-Estuve –respondió Blasco mientras desmigaba un mendrugo y metía los pedazos de pan duro en un vaso vino que terminaba de servir la moza.

-Ruego a vuesa merced que perdone mis palabras, señor capitán Blasco –dijo Lapiedra-. Yo no sabía...

-No tiene importancia –disculpó el otro.

-¿Y habiendo sido capitán en Flandes... ?

-Esta vida no es mala ni mucho menos, señor Lapiedra –interrumpió Blasco-. Cierto que no se tienen los honores de los Tercios Viejos, pero tampoco aquellas carnicerías. Ucé estuvo allí y sabe lo que es aquello. Lo que me sorprende es que quiera volver.

Lapiedra se dijo que sí, que lo sabía. Sabía lo que es asaltar una batería espada en mano y ver cómo brazos, piernas y cabezas de compañeros saltan por todos lados. Había visto las terribles heridas del arcabuz y la pica, había olido el humo acre de la pólvora y se le había pegado a la garganta esa especie de sabor dulzón de la carne descompuesta. Había pisoteado fango viscoso hecho con sangre, orines y vísceras. Había degollado, atravesado y destripado a muchos. Sabía lo que es pasar más frío y más hambre de lo que se puede soportar. Pero también sabía de victorias imposibles, de honores dados de la mano del mismísimo Gran Duque de Alba, de la banda encarnada de capitán cruzándole el pecho. Y luego, cuando llegaban los haberes, la vida regalada con los compañeros de la camarada. Aunque quizá eso fuese lo de menos. Lo importante era el honor, el orgullo de ser uno de esos que hacen invencibles a los tercios. ¿Dineros? Bien está cuando llegan. Y cuando no llegan, pues bien también, aunque algo menos. Mejor que nadie lo había dicho en un soneto uno de esos soldados poetas que abundan en los ejércitos del Rey: “Envidan la vida y la bolsa por honra”.

-Pues sí, señor capitán Blasco –admitió Lapiedra-. Conozco todo aquello. Sé lo que es y, así y todo, quiero volver.

Blasco se levantó de hombros.

-Ya verá su merced que hace –dijo-, pero un home de experiencia vendría muy bien. Y otro tanto vale para el señor

Pareja que, dicho sea de paso, imaginaba que estaría con vuesa merced.

-Es posible que Pareja, si insiste su merced con él como hace conmigo, acabe aceptando. Él es menos comedido que yo y anda permanentemente necesitado de dineros. A lo mejor... Aunque no creo. Pareja está acostumbrado a hacer siempre lo que le acomoda con dineros o sin ellos. Además, es más que probable que en pocos días haya órdenes de leva y yo tengo privilegios para levantar una bandera. Una vez que eso ocurra, Pareja y yo nos marcharemos.

-Está bien –desistió Blasco con un gesto-. Lo dejaremos por el momento. Ahora vamos a desayunar. ¿No quiere su merced nada más? No cuide de los dineros, que yo convido.

-No es preciso, señor capitán Blasco.

-No sea remilgoso vuesa merced, que non ha de deberme nada. Si le convido es sólo por gusto.

-Y yo le acepto el convite porque es su merced veterano de Flandes.

-¿He oído que hay convite? –preguntó Pareja que asomaba en ese momento por la puerta.

-Entre vuesa merced y siéntese con nosotros, señor Pareja –invitó Blasco.

No tuvo que hacerse de rogar el capitán de las milicias del Concejo y al punto sentose Pareja junto a los otros dos hombres.

-¿Cómo es que estás en la calle tan de mañana? –preguntó Lapiedra extrañado.

-No se lo creerán sus mercedes –dijo Pareja a la vez que pedía un vaso con un gesto-, pero vengo de la iglesia.

-¿De la iglesia? –se extrañó aún más Lapiedra.

-Como lo oyes. Vengo de oír misa.

-No me lo creo, Pareja.

-Pues créetelo, mi precioso capitán Lapiedra.

-Lo cierto es que yo tampoco le hacía tan devoto, señor Pareja –intervino Blasco.

-Y no lo es en absoluto –sentenció Lapiedra. Miró con burla a su amigo y añadió-. ¿No será que a misa primera va alguna dama a la que le has echado el ojo?